

tud del cual se comprometieron solemnemente á prestarse mutuo apoyo leal y religiosamente en toda la cruzada, y procuraron reglamentar las relaciones y la conducta de todos los peregrinos unos con otros, amenazando á los trasgresores con severos castigos. Pero pronto se halló pretexto para nuevas disidencias. Un día, en un torneo improvisado, se trabó Ricardo de palabras con un caballero francés, y lleno de furor le declaró eterna enemistad, porque no le había podido vencer. Poco tiempo despues se celebró una amistosa entrevista entre Ricardo y Tancredo, en la cual el último le presentó una carta, que segun todas las apariencias procedía de Felipe, y dejaba entrever á los sicilianos que los franceses les prestarían auxilio contra los ingleses. Ciertamente que Felipe, tan pronto como lo supo, negó la autenticidad de la carta, pero apurado en extremo, tuvo que consentir de buen grado en que Ricardo se desdijese de la palabra de casamiento que había dado á la princesa Alicia, hermana de Felipe. Apenas había sucedido esto, cuando llegaron á Mesina la madre de Ricardo, la anciana reina Leonor, y la princesa Berenguela de Navarra, hija del rey Sancho V, con la cual hacia algun tiempo que pensaba casarse el rey de Inglaterra (1).

En medio de todos estos sucesos, pasó todo el invierno de 1190 á 1191. Los cruzados de ambas naciones gastaron su dinero y empezaron á murmurar de la interminable tardanza. Los reyes procuraron mejorar la actitud de sus gentes, entregándoles considerables sumas, en lo cual, particularmente Ricardo, procedió con tal prodigalidad, que se decía de él que había gastado mas dinero en un mes que cualquiera de sus antecesores en el trono inglés en un año; pero al fin, por lo menos Felipe, decidió no aplazar por mas tiempo el viaje á Siria, y como Ricardo no quisiese aun acompañarle, solo y lleno de profundo rencor contra su compañero, abandonó á Mesina el 30 de marzo de 1191 con rumbo á San Juan de Acre.

Algunos días despues de su partida, comenzaron tambien los ingleses á inquietarse pidiendo la continuacion de la cruzada. El 10 de abril estaba una escuadra lista para hacerse á la vela, lo cual verificó en correcto orden de batalla formando un triángulo. En uno de los barcos que formaban el vértice del triángulo, iban la reina Juana y la princesa Berenguela—la reina Leonor había regresado desde Mesina á Inglaterra;—en lo último de la línea iba el rey Ricardo. Durante largo tiempo navegó la escuadra con viento próspero; pero el 12 de abril se levantó una furiosa tormenta, que arrojó á los barcos á grandes distancias entre sí, y fué funesta para muchos de ellos. Dos bajeles se estrellaron contra la costa de Chipre, delante del puerto de Limissol; tambien fué arrastrado por la tormenta al mismo punto precisamente el barco que llevaba á su bordo á las damas reales; pero por fin pudo echar el ancla á la vista de Limissol sin sufrir averías. Reinaba á la sazón en Chipre, como ya sabemos, con el título de emperador de aquella isla, el príncipe comneno Isaac, el cual, durante los últimos años, se había hecho muy odioso por la crueldad con que trataba á sus vasallos, por la alianza que había celebrado con Saladino y además por los agravios que había causado á los peregrinos francos. Hizo despojar á los cruzados que se salvaron de aquellos barcos desgraciados en las playas de Chipre, y trató de apoderarse de la prometida y de la hermana del rey Ricardo por medio de hipócritas invitaciones. Estaban ya á punto de cambiar el seguro refugio de su buque por la habitacion de tierra, cuando afortunadamente—el 6 de mayo—echó anclas en la rada de Limissol la escuadra de Ricardo. El

(1) Berenguela no fué hija de Sancho V, sino de Sancho VI. (N. del T.)

rey había oído ya en el viaje muchos pormenores acerca de la crueldad y perfidia de Isaac, y en su consecuencia, viendo que el Comneno se negaba á dar satisfacciones de ningún género, procedió en seguida á atacar á las tropas griegas, que en gran número ocupaban la playa. Hízose el desembarco con toda felicidad: Ricardo á la cabeza de sus caballeros se adelantó á cargar sobre los chipriotas, que «gruñían como perros». La lucha duró muy poco tiempo; los enemigos cedieron y abandonaron la ciudad y comarca de Limissol á los ingleses vencedores, los cuales al día siguiente emprendieron la persecucion de los vencidos y los dispersaron por completo. El rey, altivo como siempre, se adelantó á todos los demás en el terrible estrépito del combate: conquistó la bandera de Isaac, y de un bote de su lanza derribó del caballo al emperador, el cual logró con grandes apuros escapar en otro caballo á Nicosia, al interior de Chipre.

Despues de esta brillante victoria, descansaron los ingleses algunos días en el territorio conquistado, y al mismo tiempo hizo Ricardo los preparativos para su casamiento con la princesa Berenguela. El 11 de mayo anclaron tres barcos en el puerto de Limissol, en los cuales llegaron el rey Guido de Jerusalem y muchos de sus ilustres amigos, los cuales deseaban disponer al rey Ricardo en sentido favorable á sus miras particulares. Ricardo los recibió con grandes muestras de distincion, y luego en 12 de mayo celebró sus bodas con Berenguela con todo aparato y magnificencia.

Entre tanto Isaac llegó á penetrarse tanto de las faltas que había cometido, que manifestó deseos de entablar negociaciones pacíficas. Celebraron él y Ricardo una conferencia, y firmaron un tratado de paz, en virtud del cual el primero debía entregar importantes sumas en expiacion de sus faltas, abrir todas las fortalezas de la isla, y dar tropas de Chipre como auxiliares para la lucha con Saladino. Mas apenas parecia haberse arreglado este asunto, cuando Isaac desapareció del sitio donde se había verificado la entrevista, marchando á Famagusta, porque uno de sus acompañantes, segun se cree, despertó en él la sospecha de que Ricardo atentaba contra su vida.

En seguida Ricardo, altamente irritado, declaró perjuro é infractor de la paz al emperador, encargó á su escuadra que vigilara las costas para que no huyese por mar, y marchó él mismo á Famagusta y desde este punto al interior del territorio, á Nicosia. A la mitad del camino entre ambas ciudades, junto á Tremithoussia, vinieron otra vez á las manos. Isaac procuraba acercarse á su real adversario, con objeto de matarle con flechas envenenadas; mas cuando este se dirigió hácia él lanza en ristre, dió el juego por perdido y se dió á precipitada fuga hasta llegar al castillo del cabo de San Andrés en el extremo Nordeste de la isla. Despues Ricardo hizo su entrada en Nicosia como vencedor, y mientras yacía postrado en el lecho del dolor por algun tiempo, aunque corto, sus tropas al mando del rey Guido sometieron los mas fuertes castillos del Norte de Chipre, á saber, Cerines, St. Hilarion (Dieu d'amour) y Buffavent.

Isaac, aterrado por estos triunfos, y desesperado de encontrar escape, se entregó por fin á los vencedores el 31 de mayo. Ricardo, segun se cuenta, mandó ponerle cadenas de plata, porque había pedido como único favor que no le cargasen con cadenas de hierro, y le confió al rey Guido, el cual le tuvo preso hasta su muerte en un castillo de Siria. La isla de Chipre, á la sazón extraordinariamente rica y floreciente, cayó con esto en poder de los francos merced á un encadenamiento de circunstancias enteramente casuales y á una campaña de solos 25 días,—conquista que había de alcanzar grandísima importancia para las colonias cristianas de Oriente.—Ricardo ordenó los asuntos de la isla de ma-

nera, que dejó á los antiguos habitantes la mitad de sus posesiones y empleó la otra mitad en crear fondos para los caballeros que habían de encargarse de la defensa del país. Dejó guarniciones en todas las ciudades y castillos, y puso al frente de la administracion hombres hábiles, los cuales recibieron la órden de enviarle viveres en toda la abundancia posible, tan pronto como llegara á San Juan de Acre.

El 5 de junio se embarcó por fin el rey para Siria. El 7 del mismo mes á la altura media entre Beirut y Sidon destruyó un barco mahometano cargado de tropas y material de guerra, que iba destinado á socorrer la guarnicion de San Juan de Acre, y el 8 desembarcó cerca del campamento cristiano establecido delante de dicha ciudad. «Allí fué recibido con tan grande alegría, como si fuese el Salvador, que había venido al mundo para rescatar el reino.»

SITIO DE AKKON (SAN JUAN DE ACRE)

Al considerar la parte de la tercera cruzada, que acabamos de estudiar, se experimenta una impresion muy dolorosa á pesar del último triunfo de Ricardo. Desde el año 1187, Europa se había levantado para acudir á la guerra santa mas amplia y espontáneamente que en ninguna época anterior; pero no surgió á la vez el espíritu que supiese guiar las gigantescas fuerzas desligadas unas de otras, dándoles unidad y plan para arremeter de un modo decisivo contra el conquistador de Jerusalem. El emperador Federico fué el único de los grandes monarcas de Europa, que, á lo menos por su parte, mostró un desinteresado apego á esta causa y un celo nunca desmentido para la consecucion de tan alto fin; pero precisamente él en union de los suyos sucumbió á impulso de la mas triste fatalidad, sin culpa suya. Al mismo tiempo, ó poco despues de él, partieron para Oriente de todos los territorios señoriales, innumerables pelotones de tropas á las órdenes de príncipes, condes ú obispos; pero hicieron su camino aisladamente y llegaron á Siria gota á gota, uno tras otro, mas á propósito para derramar allí su sangre que para hacer daño sensible al enemigo. Finalmente, los reyes de Francia é Inglaterra procedieron con lentitud y anduvieron en disputas, perdieron un tiempo irreparable, y á la postre juntamente con sus fuerzas militares llevaron tambien sus disensiones al campamento de sus correligionarios establecido delante de San Juan de Acre.

En cuanto al resto de la cruzada apenas había ya buenos auspicios despues de esto. Mas para que la desgracia fuese general, hay que agregar á lo dicho, que los cristianos sirios estaban tambien en odiosas contiendas unos con otros, y así no es de admirar que el éxito de esta cruzada, á pesar de que miles y miles de hombres sacrificaron incesantemente su vida con tanto heroísmo como en tiempo de Godofredo de Bullon, no correspondiese siquiera á las mas modestas esperanzas.

El rey Guido de Jerusalem, como queda dicho, se había dirigido á San Juan de Acre al frente de un pequeño ejército en el verano de 1189, mientras que el marqués Conrado de Monferrato, hostil al rey, se quedó en Tiro. El 27 de agosto llegó Guido á la vista de Acre, acampó en una eminencia al Este de la ciudad y el 29 de agosto intentó dar un golpe de mano á la gran fortaleza por medio de un asalto repentino. La audacia de los cristianos hubiera podido tener éxito quizá, si en lo mas ardiente del combate no hubieran cobrado miedo con la noticia de que Saladino les amenazaba por la espalda. En realidad el Sultan voló á socorrer á Acre, tan pronto como recibió aviso del peligro que amenazaba á la ciudad; sin embargo, en aquel día no llegó cerca de los cristianos mas que la vanguardia; él se hallaba aun mas atrás, en

el terreno montuoso que se eleva al frente del lago de Tiberiade. Pero al día siguiente avanzó con todo su ejército en masa al campamento cristiano, y el pequeño ejército de los cruzados se hubiera visto perdido irremisiblemente, si al mismo tiempo no hubieran desembarcado en la playa inmediata á Acre, grupo tras grupo, importantes escuadras francas, que proporcionaron al rey Guido miles de valientes soldados dinamarqueses, frisios, flamencos, ingleses, franceses é italianos. Entre sus jefes se distinguieron por su heroico comportamiento el intrépido Jacobo de Avesnes, el obispo Felipe de Beauvais y los condes de Dreux, Brienne y Bar.

Merced á todo esto se vino á parar en que la lucha alrededor de San Juan de Acre fuese el acontecimiento capital militar de la cruzada, lo cual para los cristianos no podía ser mas desfavorable, pues como estos ocupaban aun en Siria las ciudades de Antioquia, Tripoli y Tiro, no necesitaban, por el pronto á lo menos, luchar con Saladino para alcanzar otro punto de apoyo en la costa. Importábales ante todo destruir el poder militar del Sultan en campo abierto; que luego por sí mismas irían á parar á sus manos todas las fortalezas una tras otra. Pero empezando por sitiar una gran ciudad acometían lo mas difícil que conoce el arte de la guerra, á saber, abrir brecha en los muros enemigos cuando un ejército de socorro, poderoso y acostumbrado á la victoria, está preparado para atacar á los sitiadores por la espalda en cualquier momento. Sin embargo, no fué cálculo insensato el que llevó á los cristianos á la fatal locura de la lucha de Acre: la causa estribaba mas bien en que Tiro, única plaza importante que quedaba del reino de Jerusalem, estaba en poder de Conrado de Monferrato, y en su consecuencia el rey Guido, con objeto de ganar para sí una plaza semejante á la citada, se dirigió como un audaz aventurero á someter la gran poblacion marítima inmediata. Despues, todo siguió como consecuencia de este principio de un modo tan fatal como inevitable.

San Juan de Acre, ciudad de antiguo populosa y bien fortificada, fué elevada por Saladino á la categoría de uno de los baluartes principales del islamismo con la construccion de nuevos fosos, murallas, torres y bastiones. En el ángulo Nordeste de las murallas se destacaba particularmente la «Torre maldita», y entre las obras que cerraban el puerto la poderosa «Torre de las moscas.» La guarnicion era fuerte y animosa, hallándose al frente de ella el bizarro emir Bohaeddin Karakusch.

La ciudad formaba á la sazón un gran triángulo, cuyos dos lados del Oeste y Sur estaban bañados por el mar, mientras solo el lado Nordeste miraba á tierra. El terreno detrás de este último lado es en general llano; solo se elevan insignificantes colinas en las cercanías de la ciudad, y hasta mayor distancia no empieza el terreno montuoso, propiamente tal, de Galilea. Por la planicie, que se extiende no léjos de Acre, se desliza al mar el riachuelo Belus. Junto á este rio, y en las hondonadas de alrededor de la ciudad, fué donde tuvo efecto la terrible lucha. Saladino se retiraba al abrigo de las eminencias situadas al Este cuando queria dar algun tiempo de descanso á sus fatigadas tropas.

Cuando el creciente número de los cristianos amenazó cerrar completamente por tierra la fortaleza en la primera mitad del mes de setiembre, intentó el Sultan romper el círculo de los sitiadores, antes que este se hiciese mas fuerte. El día 12 dieron un ataque simultáneo él y la guarnicion. «Pero los francos se mantuvieron firmes como las murallas. Cuando caía el que estaba delante, le reemplazaba en su puesto inmediatamente el que le seguía, y al cabo de una lucha de cuatro días, logró Saladino abrirse paso á la ciudad. El fruto de la victoria con tanto trabajo alcanzada

fué sin embargo de escasa importancia. Acre quedó abundantemente aprovisionada, pero ningún otro perjuicio mayor se siguió á los cristianos, cuya terrible defensa infundió gran respeto á los enemigos.

El 24 de setiembre desembarcaron nuevas huestes de peregrinos, mandadas por señores alemanes é italianos. El mas notable de los primeros era el langrave Luis de Turingia, el cual, en su viaje de Brindis á Acre, tocó en Tiro, y allí suplicó al marqués Conrado depusiese sus resentimientos contra el rey Guido, y tomase parte en la lucha comun de la cristiandad contra los enemigos de la cruz. Conrado se decidió á hacer lo último por lo menos, y en su consecuencia entró en el campamento de Acre en union del langrave.

Poco tiempo despues dispusieron los cristianos una terrible arremetida contra Saladino: cuatro divisiones á las órdenes de Guido, Conrado, Luis y los templarios, salieron del campamento el día 4 de octubre. Godofredo de Lusignan, hermano de Guido, fué el único que quedó para defender las tiendas y bagajes contra la guarnicion de Acre. El Sultan procuró enardecer á los suyos al aproximarse las huestes enemigas, gritándoles: «¡Vamos, pelead por el islamismo, vosotros que sois el ejército del Dios único!» Pero no pudieron resistir la primera arremetida de los escuadrones de coraceros francos. Ya cedia el ala derecha y el centro de los musulmanes; ya corrían á todo galope algunos fugitivos en direccion á Tiberiade, cuando de repente cambiaron las cosas. Las filas de los vencedores se desordenaron emprendiendo una acelerada persecucion, al paso que el ala izquierda del enemigo se sostuvo y pronto avanzó valerosamente. El campamento de los cristianos, segun lo decia un fatídico rumor, fué cometido por la guarnicion de Acre: el espanto se apoderó de los peregrinos; emprendieron la retirada desordenadamente, y despues de haber sufrido pérdidas muy graves, llegaron al campamento que poco antes habian abandonado con tan loca confianza. Los musulmanes triunfaron, jactándose extraordinariamente de esta victoria, y Saladino mandó reunir los cadáveres en el campo de batalla y arrojarlos al Belus para que se pudriesen en él y corrompiesen el agua y el aire de los cristianos.

Entre tanto, y á pesar de esto, la situacion en general permaneció en el mismo estado que antes. Las fuerzas y el ánimo de los cruzados se repusieron pronto, merced á nuevos auxilios recibidos. Cercaron otra vez á Acre desde un extremo del mar al otro, fortificaron su campamento con trincheras y baluartes, de modo que daban cara contra la ciudad y contra Saladino, y haciendo penosísimos trabajos de zapa establecieron un puerto que durante mucho tiempo llevó el nombre de «Puerto del marqués», tomado de su fundador. Pero tambien los musulmanes recibieron grandes refuerzos, que favorecieron muy particularmente á la guarnicion de Acre, á la cual llegó una escuadra egipcia que les proveyó de tropas de refresco, víveres y efectos de guerra. De este modo la lucha debía durar aun muchísimo tiempo, tanto mas, cuanto que el invierno se echaba encima, y con las tormentas y las lluvias hacia imposible por largo plazo empresas guerreras de mayor importancia. Por esto Saladino licenció y mandó á los cuarteles de invierno á una parte de su ejército, y él tambien retrocedió con el resto á mayor distancia de los cristianos. Estos sufrieron muchísimo durante muchas semanas por la humedad, que convirtió su campamento casi en un pantano, por la miseria en que estaban sumidos y por la peste que arrebató la vida á tantos miles de valerosos combatientes. Permanecieron, sin embargo, unidos en alegre entusiasmo guerrero, porque contaban como cosa segura con que la próxima primavera les proporcionaria nuevos campeones, dinero y víveres en

gran abundancia, y ante todo por que el emperador Federico, al frente del poderosísimo ejército alemán, estaba en marcha al Oriente hacia ya mucho tiempo!

Mientras tan alegres esperanzas sonreían á los cristianos, miraba Saladino el porvenir con gran inquietud, y en efecto tenia serios motivos para ello. Su situacion era muy distinta, con gran dolor para él, de la de sus enemigos, por lo menos bajo un punto de vista; pues si bien desde el principio al fin de esta guerra carecieron los cruzados de un general, toda vez que el emperador Federico no llegó á Siria, en cambio llegaban á torrentes en inagotable abundancia las fuerzas mas escogidas de todos los pueblos occidentales á las playas sirias, y el mas insignificante de los peregrinos se hallaba tan dispuesto á pasar hambre y sed, como á luchar y morir. En lo que tocaba á los mahometanos, al contrario, la posibilidad de una defensa feliz descansaba casi exclusivamente en la buena direccion del sultan Saladino. Verdad es que sus tropas estaban avezadas á la lucha y eran valientes; pero estaban irritadas por las interminables fatigas de la guerra, y murmuraban y se amotinaban en ocasiones, como habia sucedido antes en el sitio de Tiro y sucedia á la sazón delante del campamento de los peregrinos junto á Acre. Los demás soberanos de los dominios del islamismo, el califa de Bagdad, los príncipes del Iran, de Arabia y hasta de Marruecos recibieron repetidas y urgentes excitaciones de Saladino en demanda de auxilios, pero fuera de los elogios y lisonjas que le prodigaron por sus hazañas, no recibió el Sultan eficaz apoyo mas que de los príncipes y tribus que vivían en las cercanías de su imperio siro-mesopotámico. Quejóse amargamente de este abandono de la causa comun y escribió al califa lo siguiente: «¿Hay un solo musulman que siga mi invitacion, que venga si le llaman? Mira entre tanto, los cristianos cómo llegan en masa, cómo se estrechan por ganar la partida, cómo se apoyan mutuamente, cómo sacrifican sus riquezas, cómo se reunen compactos, cómo se avienen á sufrir las mayores privaciones! Entre ellos no hay ningún rey, ningún señor, ninguna isla ó ciudad, ningún hombre, por insignificante que sea, que no envíe á esta guerra sus campesinos, sus vasallos, que no los haga presentarse en el teatro de la valentia, ni ningún hombre poderoso que no tome parte en esta expedicion: todos quieren ser útiles al innoble objetivo de su celo.... Los musulmanes, por el contrario, están llenos de molición, desanimados, indiferentes, cansados, insensibles, sin celo por la fe.... Tú, que procedes de la sangre de nuestro profeta Mahoma, tienes, por lo mismo, el deber de ocupar su puesto y de hacer en estos tiempos lo que él mismo haria, si estuviese en medio de su pueblo, mantener firme su memoria en paz y hacer triunfar la verdad, pues él nos confió á nosotros y á todos los musulmanes á tu proteccion!»—¡Tiempo perdido! Su llamamiento en demanda de auxilios se perdió, sin que nadie le escuchara. El vasto campo del islamismo, no hallándose en general respecto de los cruzados en el caso de defenderse, y por consiguiente, no estando animado del mismo entusiasmo que aquellos, no se levantó para acometer empresas extraordinarias, y esto con tanto menos motivo, cuanto que en muchos puntos trabajaba la envidia para impedir el engrandecimiento de Saladino. Así es que el Sultan quedó entregado á su propio genio. Teniendo en cuenta las enormes masas de todos los peregrinos y á pesar de las grandes fuerzas militares de que disponia, casi pudiera decirse que se parecia á un general sin ejército, que peleaba contra un ejército sin general.

Mientras duró la guerra, puso esta en claro en muchos detalles el carácter especial de los partidos combatientes. Cristianos y musulmanes rivalizaban en horrible crueldad

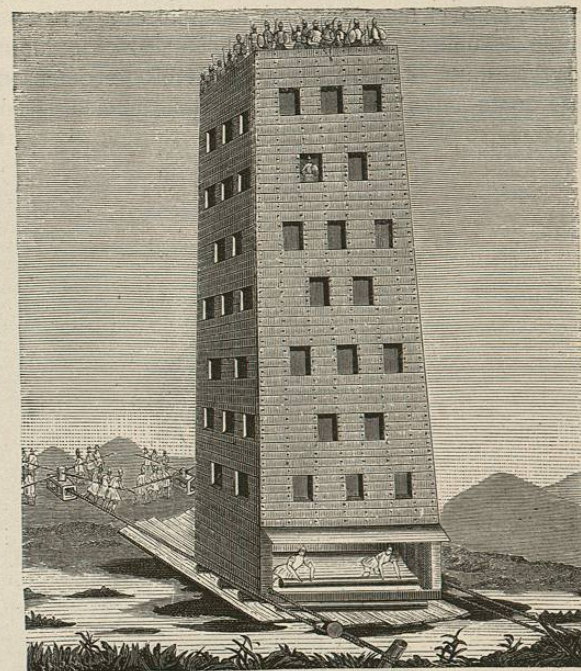
para con los prisioneros; mas á pesar de esto, el humor de la vida del soldado conservaba en una y otra parte sus derechos con tal vigor, que los puestos avanzados de ambos ejércitos no se desdénaban de reunirse en son de amistad á divertirse y jugar alegremente en los intermedios de las batallas. En el campamento cristiano se mezclaban los gozes mas voluptuosos con el mas austero ascetismo; no faltaban comerciantes al por menor que vendían todos los tesoros del Oriente, ni cantineros cuyas tiendas eran los centros de la crápula y del desenfreno. Entre tanto, al lado de disolutas mujeres habia en el campamento otras señoras, que ocultando su sexo, llenas del mas ardiente entusiasmo, salían con sus corazas á atacar al enemigo, rivalizando en heroísmo con sus compañeros del sexo fuerte. Los musulmanes se distinguían por su astucia y destreza: audaces beduinos acechaban de noche á los peregrinos aislados, los obligaban con la daga levantada á seguirlos en silencio á la prision, ó los mataban al primer ruido. La guerra por mar dió ocasion á una multitud de hechos temerarios. Tan pronto se veía bloqueada Acre por los cristianos, como era roto el bloqueo por la escuadra egipcia. Algunos barcos musulmanes aislados procuraban engañar á los cristianos, llevando á bordo cruces arboladas, y cerdos, animales impuros para el islamismo. Si el bloqueo de la fortaleza no se rompía en mucho tiempo, y si faltaban palomas mensajeras, por medio de las cuales Saladino sostenia frecuentemente correspondencia con los sitiados, se arrojaban al mar algunos hombres intrépidos, que, nadando y sumergiéndose en el agua por delante de los barcos cristianos, procuraban llegar á la ciudad.

En la primavera de 1190 construyeron los peregrinos, despues de largos y penosos preparativos—pues hubo que llevar la madera de Italia—tres poderosas máquinas de sitio, de unas 60 varas arábicas de elevacion, y mas altas que las murallas enemigas. En cinco pisos contenian estas torres espacio suficiente para las pequeñas máquinas de proyectiles y arietes y para brillantes secciones de guerreros, y sobre un camino allanado se las acercaba con sus propias ruedas á poca distancia de la fortaleza. En los últimos días de abril se trabó una terrible lucha. Saladino, que desde fines de invierno tenia otra vez en pié de guerra todas sus fuerzas, se arrojó sobre el campamento cristiano con ataques incesantemente repetidos, con objeto de que las torres no pudieran utilizarse. Los cruzados no solo resistieron al Sultan con tenaz firmeza, sino que estrecharon á la ciudad de día en día tan enérgicamente, que ya se podia prever su rendicion. Al fin, el 5 de mayo lograron los sitiados incendiar las tres torres, y la guarnicion de estas tuvo que hacer grandes esfuerzos para salvarse. Con esto volvieron á quedar defraudadas para mucho tiempo las esperanzas de los peregrinos. Sin embargo, cuando pocos días despues hizo Saladino una tentativa para alcanzar una victoria decisiva, rompiendo á su vez las fortificaciones de los cristianos, tuvo al fin que retirarse tambien sin el apetecido triunfo, á pesar de haber continuado la lucha desde el día 8 al 19 de mayo.

Ambos ejércitos se sintieron despues extenuados y se mantuvieron durante algun tiempo alejados de mayores empresas. Pero en el abigarrado campamento de los cristianos, varios cuerpos de tropas no estaban conformes con esta tregua: llegó á haber motines, y el 25 de julio rompió contra las posiciones de Saladino una division de unos 10,000 hombres, ávidos de pelear y codiciosos de botín. El desgraciado ejército, á pesar de que consiguió algunas ventajas en la primera carga, pereció en su mayor parte al filo de la espada de los enemigos, como era de suponer.

Poco tiempo despues llegaron al campamento de Acre nuevas partidas de tropa, procedentes de Francia y de

Inglaterra: iba á su cabeza una larga pléyade de grandes barones, siendo de ellos el mas importante el conde Enrique de Champagne. Las huestes del ejército sitiador quedaron reforzadas del modo que se podia desear, pero al mismo tiempo la discordia que fermentaba en el corazon de los peregrinos, fué revistiendo cada vez peores formas. En parte se enlazaba esta discordia con las antiguas contiendas entre el rey Guido y el marqués Conrado, aunque ambos habian estado hasta entonces en el campamento de Acre en amis-



Torre de sitio

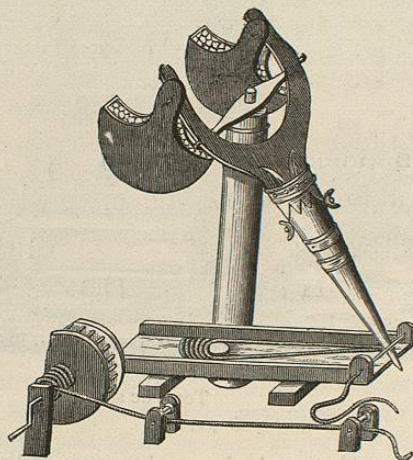
tosas y pacíficas relaciones al parecer; y en parte tenia conexión con la posición peculiar de los alemanes en el ejército peregrino. La negra desgracia, que desde hacia mas de una generacion habia acompañado á los alemanes á la Siria romana, no se hubiera dejado sentir otra vez quizá, si los peregrinos alemanes no se hubiesen hecho por su parte dignos de la antipatía con que eran mirados por su orgullo y altanería. Durante algun tiempo todo el ejército cruzado fué mandado alternativamente por Jacobo de Avesnes y Luis de Turingia; luego la discordia entre franceses y alemanes los llevó á poner varios jefes; pero á la sazón, como se habia aumentado de un modo especial el número de los franceses, fué elevado á la dignidad de general en jefe de todo el ejército el conde Enrique de Champagne. Poco despues cayó enfermo el langrave Luis, emprendió el viaje á su patria y murió durante la travesía el 26 de octubre de 1190. En el campamento de Acre se le criticó de un modo injurioso, diciendo que habia abandonado la causa comun, solo porque se le habia quitado el mando supremo, ó bien porque habia sido sobornado por Saladino mediante una gruesa suma de dinero. En estas circunstancias se hizo pública en el campamento la noticia de la muerte del emperador Federico y la espantosa pérdida del ejército alemán. El marqués Conrado salió á recibir á los débiles restos de aquel ejército, entró en amistosas relaciones con el duque Federico de Suabia, y en medio de muchos peligros le condujo al campamento de los peregrinos—el 7 de octubre.—Desde entonces los alemanes se hallaron, á pesar de esto, en peor situacion aun. Despues del desastre que habian sufrido, pasaban ante los cristianos únicamente como vencidos, y tuvieron que resig-

narse á ser tratados con desden y como gente de poco mas ó menos por las masas de los romanos y de los partidarios del rey Guido, muy superiores en número.

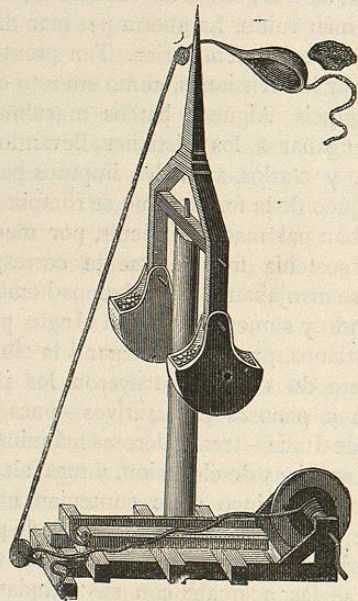
Durante este tiempo el ejército cruzado tuvo por lo demás suficiente fuerza para estrechar de nuevo y con vigor la fortaleza sitiada. En setiembre dirigió la escuadra un poderoso ataque contra el baluarte principal del puerto, la «Torre de las moscas». Una vez un barco cristiano llevó fuertes escalas de asalto y en la arboladura un castillo formal que sobresalía por encima de la plataforma de la «Torre de las moscas»; pero el fuego enemigo incendió este barco, y el incendio se comunicó á otros de los cristianos, causándose tantos daños, que el ataque con tanto heroísmo comenzado, fracasó de un modo lamentable. Una cosa parecida sucedió en el transcurso de octubre, despues que Enrique de Cham-

pagne, Federico de Suabia y otros grandes señores habian preparado por tierra máquinas de sitio. La guarnicion logró acercarse á estas máquinas é incendiarlas haciendo enérgicas salidas. A consecuencia de esto el invierno de 1190 á 1191 encontró á los cristianos y musulmanes casi en las mismas posiciones que un año antes.

A los primeros causó este invierno mayores apuros aun que el anterior. La escasez en su campamento subió á tan terrible altura, que los viveres se compraban casi materialmente á peso de oro. Los cadáveres de los animales que morian, constituian una comida exquisita, y los huesos que dejaban los perros, volvian á ser roídos. Otra vez se declaró una peste asoladora, llamada «la Arnaldia», con la cual «se hinchaban los miembros y se caian los dientes.» Muchos peregrinos sufrían con heroísmo inquebrantable



Máquina para disparar proyectiles



Máquina en el acto de lanzar la piedra

toda clase de fatigas; pero no pocos, como era natural, caían en sombría desesperación ó procuraban olvidar sus crueles padecimientos en locas orgías. La disciplina del ejército se relajó con esto hasta tal punto, que llegó á ser un espectáculo diario el pasarse á los enemigos de la fe y renegar del cristianismo los hambrientos por un pedazo de pan.

En esta época desastrosa se distinguieron algunos piadosos peregrinos, de Lubeck y Bremen en especial, por su celo en favor de la salud pública. Fundóse á su costa un hospital bajo la direccion de un tal Siegebrand, en un barco sacado á tierra, y trabajaron en él sin descanso para mitigar como enfermeros el tormento de sus compañeros enfermos. El duque Federico de Suabia se interesó vivamente por esta empresa, la tomó bajo su proteccion y procuró darle el carácter de una fundacion permanente por medio de una bula papal que la confirmaba y bendecía. Así nació en el campamento de Acre una institucion que, lo mismo que en otro tiempo el hospital de los Sanjuanistas de Jerusalem, encerraba la semilla para una fundacion mayor, para la orden de caballeros de la nacion alemana. Pero Federico no debía vivir hasta la fundacion de esta orden, pues tambien él fué atacado al fin de la peste, que se recrudecía cada vez con mas fuerza en el campamento, y murió el 20 de enero de 1194. Despues de su muerte se disolvió el pequeño ejército alemán como un «rebaño sin pastor», y se perdió por completo entre las masas de los demás peregrinos.

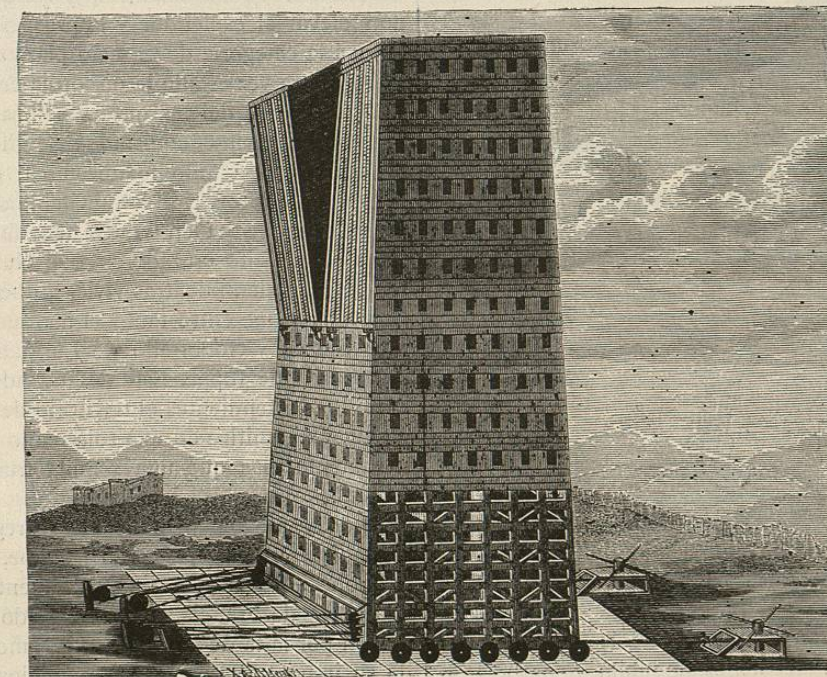
Para colmo de desgracia sobrevino la discordia en su grado mas alto entre los cruzados. En el otoño de 1190 murió la reina Sibila, esposa de Guido, y despues de esto el marqués Conrado presentó sus reclamaciones á la corona de Jerusalem, que Guido se habia hecho acreedor á perder, hacia mucho tiempo, por su incapacidad y falta de energia. Para poder apoyar sus pretensiones en algun fundamento legal, exigió y obtuvo que Isabel, hermana menor y única heredera de Sibila, la cual el año 1180, á los ocho años de edad, y por consiguiente sin amor y sin deliberacion en dicha época, habia sido casada con Hanfredo de Turon, magnate del reino de Jerusalem, fuese separada de este y se casara con él. Despues que hubo logrado su objeto, se mantuvieron, sin embargo, él y Guido, y sus respectivos parciales, en actitud tan hostil entre sí, que solo el apuro comun en que los ponía Saladino, pudo impedir el rompimiento de abierta lucha.

Los musulmanes alcanzaban entre tanto, tiempos mas felices. No sufrían escasez de ningun género, y con poco esfuerzo hacían frente con escaramuzas á las debilitadas fuerzas de los peregrinos. Mas á pesar de esto, la situacion de Saladino no era muy halagüeña, porque sus tropas, siempre disgustadas por la duracion de la guerra, cuyo término no se preveía, se amotinaron repetidas veces, y particularmente los defensores de Acre pidieron su relevo. Con gran trabajo mantuvo el Sultán reunido su ejército: dió al fin permiso á la antigua guarnicion de Acre para evacuar la plaza, pero se

causó con esto muy graves perjuicios; porque las tropas que luego ocuparon las fortificaciones estaban muy descontentas y completamente indisciplinadas; y dificilmente podia conservar por mucho tiempo la ciudad con aquella gente el valeroso emir Bohaeddin Karakusch, el único que permaneció en San Juan de Acre desde el principio al fin de la lucha.

La consideracion que acabamos de exponer, adquiere especial valor si se atiende á que en la primavera de 1191 llegaron importantísimos refuerzos al campamento de los peregrinos; pues entonces desembarcaron uno tras otro con breve intervalo los reyes Felipe y Ricardo, como queda dicho atrás. Hasta el pequeño ejército alemán del duque Leopoldo de Austria, el cual retenido en otro tiempo por asuntos de su

país, no pudo acompañar al emperador Federico, llegó en esta época acompañado de los suyos al campamento de Acre. Verdad es que cuanto mas fuertes se volvieron á sentir los cruzados, tanto mas crecieron las odiosas contiendas entre ellos. Felipe, y probablemente tambien Leopoldo, estaban de parte del marqués; Ricardo, como hemos visto, se alió ya en Chipre con el rey Guido, y mucho mas despues en el campamento de Acre. Godofredo de Lusignan, hermano del último, desafió al marqués tachándole de traidor, Ricardo irritó á Felipe al ofrecer cuatro escudos de oro á todos los caballeros necesitados que quisiesen entrar á su servicio, mientras que Felipe para el mismo objeto solo señalaba tres escudos. Este se vengó exigiendo para sí la mitad de la isla



Torre de sitio de la Edad media, con puentes levadizos

de Chipre, porque los reyes se habian comprometido á repartirse mutuamente sus conquistas. Ricardo opinaba que esto solo tenia valor tratándose del territorio de los musulmanes; sin embargo, dijo, dando un hábil giro al asunto, que él estaba dispuesto á ceder la mitad de Chipre, si Felipe le entregaba en cambio la mitad de los bienes del conde Felipe de Flandes, que acababa de fallecer por entonces. De este modo disputaban los grandes; la cizaña se propagó hasta el corazón del ejército cruzado; y por fin Ricardo fomentó el descontento de todos los peregrinos, pues siguiendo los impulsos de su carácter fantástico y teniendo en cuenta el espíritu caballeresco de Saladino, trató de entablar con él relaciones amistosas en medio de la guerra.

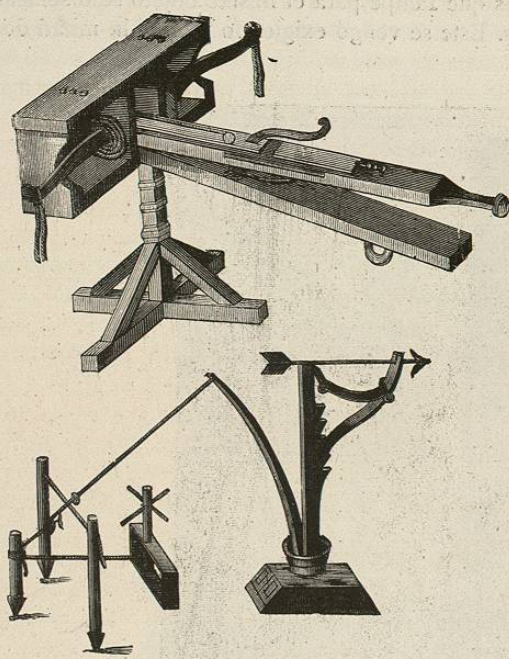
Todos estos debates fueron naturalmente muy perjudiciales al progreso del sitio. Los grandes partidos en que se subdividió el ejército cruzado, se apoyaban mutuamente tan mal, que el tiempo y las fuerzas se gastaban inútilmente, y en vano se derramaba noble sangre. Los peregrinos, sin embargo, estaban poseídos de tal entusiasmo y de tales disposiciones para obrar, que á pesar de todo esto—cosa verdaderamente digna de admiración,—hacían importantes progresos y poco á poco iban obligando á la victoria á fijarse en sus banderas. Innumerables máquinas de sitio fueron construidas, como torres, arietes, máquinas de arrojar proyectiles. Cubiertos los sitiadores por las obras de defensa y por los

conductos subterráneos de las minas que habian abierto, se acercaron á las mismas obras enemigas y pronto se desencadenó por todas partes la lucha alrededor de las brechas que se abrian. Saladino hizo á su vez lo posible para impedir la rendicion de la ciudad atacando por la espalda un día tras otro al campamento cristiano, y animando con vivas palabras á los defensores de Acre á que resistiesen. Entonces volvió á manifestar al califa su difícil situacion, diciéndole que tenia que habérselas con un enemigo, como nunca se habia visto igual, que sitiaba y era sitiado al mismo tiempo; que los cristianos estaban debilitados con las derrotas y con los prisioneros que se les hacían, devorados por la guerra, y abandonados por la victoria, pero que el mar estaba por ellos, el mar se habia declarado en favor de los hijos del fuego. Solo el querer contar el número de los pueblos que formaban el ejército cristiano, era tarea imposible; hasta se fatigaría la imaginacion inútilmente.

A fines de junio se reanudaron las negociaciones para la capitulacion de la fortaleza. Saladino prometió entonces entregar casi todo el reino de Jerusalem, si los cristianos querían ayudarle con un fuerte ejército á combatir á los mas poderosos enemigos mahometanos. Sin embargo, fracasaron una y otra vez las negociaciones, hasta que la guarnicion desesperada decidió concluir de una vez. El 11 de julio los comandantes de la plaza celebraron una conferencia con los

reyes cristianos, y convinieron en que se entregaría la ciudad con todos los efectos en ella existentes, se devolvería la cruz, y quedaría en libertad un considerable número de prisioneros cristianos, caballeros y pueblo. La guarnición podría volver al campamento de Saladino, exceptuando una parte, á lo menos de cien hombres notables, que debían quedar en rehenes, hasta que el sultán pagase á los cristianos 200,000 escudos de oro.

Saladino recibió profundamente consternado la noticia de estas condiciones y trató de negarse á darles su aprobación. Pero todo fué en vano; porque el 12 de julio los de-



Máquinas para lanzar flechas

fensores de Acre abrieron las puertas de la ciudad, y los cristianos penetraron en ella llenos de júbilo y enarbolaron sus banderas sobre las murallas y torres. Entonces Saladino firmó el tratado, levantó su campamento y se retiró al interior del país para prepararse allí á nuevas luchas, sobre todo para la defensa de Jerusalén.

Se había reconquistado por lo menos á Acre tras una guerra de dos años que ocasionó espantosos sacrificios. Todos los desastres inmerecidos, lo mismo que todas las locuras y maldades que habían cometido los cristianos, pesaron menos en el platillo de la balanza que el heroísmo y tenaz constancia de las masas de peregrinos. El genio de Saladino sucumbió por fin ante el entusiasmo del Occidente por la cruz. Después de este gran triunfo, eran aun de esperar la completa reconquista del territorio que antes había sido cristiano, y la humillación definitiva del poderoso adversario. Verdad es que los cruzados estaban también profundamente quebrantados, pero de todos modos, aun tenían fuerzas suficientes para alcanzar el ansiado y noble fin, con solo desistir de una vez de sus odiosas contiendas, y dedicarse con pura intención al coronamiento de su gran empresa.

Pero desgraciadamente las cosas en este sentido tomaron un giro peor que antes. Los franceses y los ingleses bajo la dirección de sus reyes perjudicaron de diversas maneras á los peregrinos de otras naciones; y cuando los jefes de estos se quejaron, se les hicieron, es verdad, promesas amistosas; pero con todo eso, el rey Ricardo, nada menos, se permitió inferir un desvergonzado ultraje á la bandera ducal austriaca, mandando arrojarla en el fango al hacer su entrada en el castillo de Acre, de tal manera que muchos cruzados, á quie-

nes esta prueba de lo que «eran la palabra y modales reales,» había quitado todo el gusto de continuar la lucha contra los musulmanes, emprendieron el regreso á su patria.

También los antiguos habitantes cristianos de Acre tuvieron al principio justos motivos de queja, porque no se les devolvió la propiedad que habían poseído antes de la toma de la ciudad por Saladino. En cambio se trató de corresponder al favor de los ciudadanos de los municipios italianos, los cuales habían prestado continuos é importantes servicios en la campaña de Acre, á fin de mantenerles para el porvenir en actitud amistosa. En su consecuencia los venecianos, y particularmente los pisanos y genoveses, no solo volvieron á recibir poco á poco los antiguos barrios de la ciudad, las casas comerciales y almacenes, sino que pronto se vieron en disposición de ensancharlos, y restablecer por completo y aun elevar el esplendor y la prosperidad de San Juan de Acre á la categoría de primera plaza comercial de Siria.

Pero otra vez estalló la discordia entre Conrado y Guido. Los partidarios del marqués señalaban el innegable mérito que este se había conquistado defendiendo la causa cristiana; los amigos de Guido manifestaban que no había sido la indolencia del rey, sino la inevitable desgracia, lo que había causado su derrota en Hattin. Por fin convinieron los príncipes del ejército cruzado en que Guido continuase siendo rey de Jerusalén mientras viviese, que después le sucediese Conrado, y que entre tanto el marqués recibiese Tiro, Beirut y Sidon, y Godofredo de Lusignan, hermano de Guido, el condado de Joppe. Este desgraciado arreglo, que repartía entre los pretendientes el territorio de los cristianos en Siria, en lugar de unirlos en una sola mano con vigor, no era naturalmente más que una semilla fructífera de nuevos disturbios.

Apenas se había firmado este arreglo, cuando mediaron duras palabras entre Ricardo y Felipe, porque este manifestó su propósito de volver inmediatamente á su patria. Pareció que el rey de Francia se vio precisado á tomar esta determinación por falta de salud; sordos rumores hablaban además de su inquietud por una conjuración tramada de común acuerdo entre Ricardo y Saladino contra él; pero lo indudable es que el rey se determinó á emprender el viaje de vuelta movido principalmente por el deseo de hacer valer sus derechos, lo más pronto y enérgicamente posible, á la cuantiosa herencia del conde Felipe de Flandes, que había muerto poco tiempo hacia. Ricardo se indignó del proyecto de su compañero, ora porque la campaña principal contra Saladino debía principiar entonces, ora porque temía que el rey Felipe, de regreso á su patria, aprovecharse sin miramiento alguno la buena ocasión que se le presentaba para atacar las posesiones inglesas. Sin embargo, era demasiado orgulloso para poner obstáculos al rey en su camino, y se dio por satisfecho con la promesa jurada, de que Felipe no atacaría el territorio de la corona inglesa durante la ausencia de Ricardo y cuarenta días después del regreso de este. Después se dividió el ejército francés: una sección considerable se quedó en Siria para continuar la cruzada bajo el mando en jefe del duque Hugo de Borgoña, Enrique de Champagne y otros grandes señores, y el resto se embarcó con el rey el 31 de julio. El viaje de vuelta de este se verificó con toda felicidad por las costas de Siria, Asia Menor y Grecia hasta Italia, y desde este punto á Francia.

FIN DE LA CRUZADA

Una escena tristísima y odiosa precedió al acto de reanudarse la guerra entre Ricardo y Saladino. El sultán no había podido cumplir tan pronto como se le había intimado, las

condiciones de la capitulación de Acre referentes á la libertad de un gran número de prisioneros cristianos y al pago de 200,000 escudos de oro. Ricardo montó en cólera por esto, y en seguida, cuando Saladino dejó pasar el plazo convenido, el 20 de agosto, mandó matar delante de las puertas de Acre mas de 2,000 de los rehenes musulmanes. Naturalmente, después de un acto de esta especie no se pagó ya el dinero, ni se pensó en libertar á ningun prisionero cristiano, ni se entregó la Santa Cruz. Además, si Saladino, no obstante su profundo dolor por la ignominiosa matanza de tantos correligionarios, no se dejó arrastrar por la ley de las represalias, en cambio, en los combates siguientes todo cristiano herido ó hecho prisionero, que en otro caso hubiera sido perdonado, fué víctima de la venganza de los enemigos.

Tres días después de aquella carnicería salió Ricardo de Acre con la masa principal de los peregrinos. El ejército en gran parte estaba aun poseído del antiguo entusiasmo por la lucha; pero al lado de esto prevalecían los celos y las discordias, el incorregible espíritu aventurero y el excesivo deseo de placeres. Lo peor de todo, era que nadie había menos á propósito que el rey Ricardo para fortalecer las nobles aspiraciones de los cruzados y llevar la grandiosa empresa á feliz término. Había sido, y continuaba siendo sin duda alguna, un caballero invenciblemente poderoso y batallador, que respetaba en alto grado, hasta en el enemigo, las virtudes que á él le adornaban; pero al mismo tiempo era del todo incapaz para dirigir un ejército numeroso y concebir y ejecutar debidamente un vasto plan de campaña. La tarea que á la sazón tenía que cumplir, saltaba á los ojos: importaba destrozarse definitivamente el poderío militar de Saladino y reconquistar á Jerusalén. Pero ni una cosa ni otra se procuró desde luego, sino que por segunda vez se incurrió en la falta que se había cometido con el doloroso sitio de Acre, resolviéndose, como objetivo inmediato de la campaña, hacer la conquista de una ciudad de la costa, precisamente la de Ascalon, «la novia de Siria», la población mas rica y fuerte del Sur de Palestina. Tal vez Ricardo fué excitado por los Lusignanés á emprender la marcha á Ascalon, porque en el último arreglo hecho entre el conde Godofredo y el marqués Conrado, le había sido prometida al primero la próxima ciudad de Joppe; quizá inclinaron también la balanza en dicho sentido otros grupos de cruzados, á quienes no importaba en primer término la conquista de Jerusalén, es decir, los señores y caballeros que se habían enriquecido antes en las costas del reino, y sobre todo los ciudadanos de los gremios italianos, cuyos intereses comerciales tendían mucho más á la rápida reconquista de las ciudades marítimas, que á la toma de la ciudad santa. Sea de esto lo que quiera, la expedición de Ascalon era en todo caso un desvío del camino que la situación político-militar recomendaba, sin duda alguna, y por lo mismo se pagó bien cara.

El ejército cristiano se dirigió sufriendo grandes fatigas al Sur, á lo largo de la costa; el terreno y el clima dificultaron la marcha; las ciudades y los pueblos donde tocaron habían sido destruidas por Saladino con el objeto de quitar todo punto de apoyo á los peregrinos; y los enemigos aprovecharon todas las ocasiones que se les presentaban favorables para atacarlos de improviso y sorprenderlos. El ejército, á cortas jornadas, llegó á los catorce días á los alrededores de Arsuf, donde el sultán había resuelto hacer una resistencia formal. El 7 de setiembre se trabó en dicho punto una sangrienta batalla, que, tras tenaz lucha, terminó con una brillante victoria de los cristianos. Ricardo se halló siempre en lo más recio de la pelea, y con su lanza y su espada contribuyó mucho al esplendoroso triunfo; pero con la misma decisión descuidó indudablemente sus deberes de general, al dejar

que se volvieran á reunir y ordenar sin perseguirlos, los enemigos tan profundamente quebrantados. Pocos días después llegaron á Joppe los peregrinos; también esta ciudad estaba en ruinas; pero la comarca que la rodeaba era deliciosa, y el puerto ofrecía comodidades para el comercio con San Juan de Acre; por eso se establecieron allí por algun tiempo, en lugar de continuar la marcha á Ascalon. Entre tanto Saladino hacía sus reflexiones sobre la suerte que se deparaba á «la novia de Siria». Hasta la fecha no había destruido esta importante ciudad, lazo de unión, por decirlo así, entre Egipto y Siria, y entonces deseaba conservarla con mayor ansia aun. Pero á pesar de las inauditas pérdidas que los cruzados habían sufrido desde hacia tres años, ¿no serían aun bastante fuertes para alcanzar allí una victoria como la de Acre? La batalla librada cerca de Arsuf daba una prueba convincente de que sus fuerzas no estaban quebrantadas; y entre los oficiales de Saladino cundió en general la mayor oposición contra el plan de sostener un sitio dentro de Ascalon; en vista de lo cual, el sultán, aunque con el corazón oprimido, se decidió á aprovechar la tregua que la descuidada dirección militar de los cristianos le concedía, para destruir esta fortaleza. El 16 de setiembre se dió comienzo á la triste obra: las poderosas murallas fueron socavadas y derruidas, y los edificios interiores de la ciudad reducidos á cenizas por la tea incendiaria.

Cuando Ricardo tuvo noticia de este suceso, excitó á los grandes del ejército á acelerar la marcha, con el objeto de salvar á Ascalon de la total ruina, si aun era posible; pero recibió de varios lados la respuesta de que sería mucho mejor reedificar á Joppe, y desde este excelente punto de apoyo emprender la lucha contra Jerusalén. Esto no era del todo desacertado; pero el rey no era hombre capaz de llevar á cabo ninguna gran empresa con firme perseverancia. Así como había proyectado la conquista de Ascalon, y luego con la marcha lenta del ejército hasta se hizo culpable de la destrucción de la hermosa ciudad, del mismo modo á la sazón dió algunos pasos, pero insuficientes, en favor de Joppe y de Jerusalén. Se dió principio inmediatamente á la reconstrucción de Joppe; pero las obras continuaron sin energía y por consiguiente muy despacio. Una parte del ejército, después de largas vacilaciones, penetró por fin en el interior del país en dirección del Este, reedificó dos castillos destruidos, y entre tanto, acampó definitivamente en las ruinas de Ramley Lidda, arrasadas por Saladino, en vez de intentar un golpe de avance contra Jerusalén. Ricardo gastaba el tiempo en buscarse los mayores peligros en las guerrillas de las avanzadas, como un caballero aventurero. Su indomable audacia y la fuerza de su brazo llegaron á causar tal espanto á los enemigos, que aun después de muchos años las mujeres mahometanas amedrentaban á los niños revoltosos con estas palabras: «¿Que viene el rey Ricardo! y los jinetes mahometanos gritaban á los caballos que se espantaban: ¿Acaso has visto al rey Ricardo? Pero ¿cuán pocas ventajas reportó la causa de la cruzada con esta clase de hazañas!

No es de extrañar, que con tan descuidada dirección de la guerra volvieran á andar á sus anchas los peores elementos del ejército: en Joppe menudeaban las orgías, lo mismo que anteriormente en Acre. Muchos peregrinos hasta marchaban á bandadas á Acre, para llevar una vida desahogada en dicho punto, libres de fatigas y peligros; y no sin grandes esfuerzos consiguieron los reyes Guido y Ricardo hacer entrar de nuevo en sus deberes á los desertores. Lo más grave de todo fué que el marqués Conrado de Tiro, aguijoneado por la ambición y desesperando de que estos reyes pudiesen alcanzar ventaja alguna sólida sobre Saladino, entabló negociaciones con el sultán, en las cuales le pedía